

Homilía de **MONS. DEMETRIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ**, obispo de Tarazona,
en la ordenación de dos diáconos diocesanos.
Seminario de La Inmaculada. Tarazona, 3 febrero 2008

Queridos hermanos sacerdotes y seminaristas

Personas consagradas, seglares y familias cristianas, queridos jóvenes que habéis venido a acompañar a vuestros catequistas. Sed todos bienvenidos a la casa de Dios, a esta celebración en la que el Espíritu Santo hará de estos dos seminaristas dos servidores de Dios y de los hombres.

Queridos Miguel Angel y Jesús. En vosotros, saludo también a vuestras respectivas familias, que están unidos a nosotros en el gozo de esta tarde de domingo. A Sor Ángela, fundadora y superiora general de la congregación de Marta y María

“Buscad al Señor los humildes. Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor”(

Hoy se cumple esta Escritura entre nosotros. Nuestra comunidad del Seminario de Tarazona es una comunidad humilde y sencilla, que hoy se goza profundamente en el Señor. No hay entre vosotros ni muchos sabios, ni muchos aristócratas. Dios ha escogido lo que el mundo desprecia, para confundir a los fuertes, de manera que sólo podamos gloriarnos en el Señor. Realmente, somos dichosos porque la gracia de Dios nos hace pobres y de esta manera, capaces de recibir sus dones.

La diócesis de Tarazona y la Iglesia dondequiera se encuentre tiene que vivir esta bienaventuranza de la pobreza, como María de Nazaret, para poder ser feliz y disponerse a recibir los dones de Dios. No se nos llene la boca hablando todo el día de los pobres. Seamos humildes –que de eso se trata en las bienaventuranzas- y veremos, como vemos esta tarde, las maravillas de Dios. De nuestra diócesis surgirán vocaciones si vivimos con humildad y confianza en Dios lo que nos propone la Iglesia, pues el Evangelio es capaz de entusiasmar también hoy a los jóvenes, si se les presenta tal como es, sin rebajas, con todo su vigor y con toda su verdad.

Me ha producido siempre estremecimiento escuchar en la asamblea litúrgica el nombre de los que son llamados por Dios a las Sagradas Ordenes. También esta tarde me produce asombro constatar que Dios continúa llamando, a pesar de nuestras miserias. Es Dios el que desde toda la eternidad os ha preparado este momento y otros que vendrán posteriormente. Es Jesucristo el que os ha salido al paso en vuestra vida, proponiándoos este camino, llamándoos para seguirle a él, reforzando vuestro propósito, cortando a veces vuestra retirada. Es el Espíritu Santo el que os ha hecho entender interiormente qué bien se está con Jesucristo y cómo vale la pena perderlo todo por él.

Enhorabuena, queridos ordenandos. Sed siempre humildes para reconocer que la llamada es de Dios y eso os llevará a ser fieles hasta la muerte a esta vocación, que un día recibisteis y que hoy se ha manifestado públicamente en medio de la asamblea de los fieles, quedando sellada por el don del Espíritu Santo.

¿Qué es un diácono?

Un diácono es un ministro de Cristo, servidor. La palabra diácono significa servidor. Y eso ha sido y es Cristo: siervo de Dios su Padre y siervo de los hombres hasta dar la vida por ellos. Cómo no vais a ser humildes, si sois llamados no a los honores de este mundo ni al mando, sino al servicio en medio de la Iglesia.

Y ¿qué vais a servir?

-En primer lugar y principalmente, la mesa del altar, de donde repartiréis el Cuerpo de Cristo para todos los que se acerquen a comulgar. Servid al altar siempre con alma limpia, con delicadeza al tratar los santos misterios, con dignidad, de manera que suscitéis en los fieles la piedad y el respeto por lo sagrado e inspiréis en ellos el deseo de servir a Dios en sus vidas, como le servís vosotros en el altar.

Ha pasado ya el tiempo, si es que alguna vez estuvo justificado, de las formas chavacanas en la celebración, de hacer las cosas de cualquier manera, de atropellar el sentido religioso y sagrado de las celebraciones litúrgicas, que está presente en el corazón de los fieles. Una de las cosas que más me admiran en la Visita Pastoral que estoy realizando es el sentido religioso profundamente arraigado en los fieles, el sentido de fe, a pesar de la que ha caído. Junto a sacerdotes celosos y serviciales, uno descubre la huella de otros que han hecho lo que les ha dado la gana en la liturgia, como si fueran dueños de aquello que celebran.

Vosotros sed fieles administradores de los misterios de Dios, observando escrupulosamente las normas litúrgicas, alimentando el sentido de lo sagrado que está presente en el corazón de tantas personas, e iniciando en estas actitudes a los jóvenes y a los niños que se os confíen.

¿Quién ha dicho que los jóvenes no captan el sentido de lo sagrado? Lo están reclamando a gritos, cuando equivocadamente buscan otro mundo, otra forma de vivir, buscan el misterio a veces en sectas y en drogas, mientras nosotros que debíamos suministrarlo se lo hemos suprimido. Hablad a los jóvenes de Dios. Jesucristo es también para ellos, para vosotros, queridos jóvenes., que nos acompañáis

-Y en segundo lugar, serviréis también a los hombres las cosas de Dios, la palabra de Dios, los sacramentos que podáis administrar, la catequesis a la que debéis dedicar lo mejor de vuestras energías. La mejor manera de servir a los demás será dando vosotros ejemplo de vuestra unión con Cristo, con quien queréis identificaros como el siervo de Yavé. Esta es la gracia específica del sacramento del diaconado.

Y no os olvidéis de los pobres. Los pobres estarán siempre entre vosotros. Sed amables con ellos, no les juzguéis, ayudadles en todo lo que podáis. A los mendigos, a los inmigrantes, a las familias que no tienen recursos. Los primeros diáconos fueron instituidos para servir a los pobres, a fin de que los sacerdotes pudieran dedicarse a la oración y al ministerio de la Palabra. Servid a los pobres con cariño, como quien sirve a Cristo, que está disfrazado en el rostro de quienes serviréis por amor.

Y todo este servicio lo realizaréis en plena comunión con vuestro obispo y con los párrocos a quienes ayudéis en este tiempo en que os preparáis para la ordenación de presbíteros. Hoy dais un paso adelante en vuestra actitud de obediencia a Dios, obedeciendo a vuestros superiores, a los que representan para vosotros la autoridad de Dios. Una de las promesas que vais a hacer es prometer obediencia a vuestro obispo.

Amad al Papa, leed sus enseñanzas, difundid su doctrina, defendedle siempre. Él es el sucesor de Pedro y por ello principio y fundamento de la unidad de la Iglesia. Los enemigos de la Iglesia buscan lo que nos divide. Respondamos estrechando nuestra unidad en torno al Vicario de Cristo.

Por ejemplo, vestid siempre el traje eclesiástico. Lo manda la Iglesia y basta. Qué razones tendríais para desobedecer. Daría mil vidas, dice Santa Teresa, con tal de obedecer al más pequeño mandamiento de nuestra Santa Madre la Iglesia. Dad vosotros vuestra vida con el testimonio sencillo de hacer lo que manda la Iglesia, y no entréis en discusiones ni en este ni en ningún punto en que está claro lo que quiere la Iglesia.

Con la promesa de **celibato**, quedaréis consagrados libremente a Dios para toda la vida. Es algo que el mundo no entiende, y no tratéis de explicárselo. Vividlo con humildad y en plenitud creciente, y veréis como es una fuente inagotable de fecundidad en la Iglesia y en el mundo. Pero vividlo de verdad.

La castidad perfecta por el Reino de los cielos tiene tres motivaciones:

1º, porque así vivió Jesús; 2º, para una mayor disponibilidad y entrega en la Iglesia, 3º, para vivir en otro mundo, adelantando ya lo que todos vivirán en el cielo.

Los jóvenes de hoy y los casados necesitan testimonios creíbles en este campo. El testimonio que dan las personas consagradas a Dios y que da un sacerdote viviendo con delicadeza su celibato hace un grandísimo bien a la Iglesia y a la sociedad. No tengáis miedo. Es algo que supera nuestras fuerzas humanas, pero el que os llama os promete su ayuda constante. Pedid cada día humildemente la gracia que hoy os ha sido concedida, y Dios, que es fiel, os mantendrá fieles hasta la muerte.

“Buscad al Señor los humildes. Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Yo te alabo Padre porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor”. Bendito seas por siempre. Amén.